

---

# **“ARISTOTELES: DE LA COSA AL OBJETO”**

**PABLO JOSE JARAMILLO ESTRADA**

- Psicólogo Universidad de Antioquia
- Profesor del Departamento de Humanidades
- Jefe del Centro de Servicios Formativos
- Líder Unidad Estratégica Valores y Cultura

---

El griego llamado presocrático vivía sorprendido en medio de su acto; de su actuación podría decirse. Qué actuación? La puesta en escena de un acontecer que, buscando descifrar el enigma de su existencia, se encontraba realizándose. La búsqueda aparece aquí como encuentro y realización, más allá del aparente contrasentido en los términos. La historia trágica era la historia de una inmanencia incandescente que, a fuerza de frisarse a sí misma, proyectaba en su cielo una costelación de dioses inconcebibles fuera de su imbricación en lo más profundamente humano. Para ellos la existencia era una presencia que acuciaba, que se imponía desde el pozo sin fondo de sus orígenes. El mito era la voz que daba forma a aquel pronunciamiento emergente de la hondura abisal: el lugar indeterminable del origen. Lo verdadero radicaba en los dictados reveladores de aquellas voces míticas. Lo enigmático, lo misterioso, permanecía intacto, preservando toda su fuerza creativa, su poder de asombro. Y en esa relación de inmediatez, veían aflorar aquellas dolorosas coordenadas de lo más específicamente humano.

El hombre se mueve, actúa, se interroga por lo existente, porque se encuentra apartado de la verdad absoluta. No sabe a ciencia cierta qué hay tras el velo de la muerte. No sabe de qué están hechas las cosas que lo circundan e incluso le dan cuerpo. No sabe qué sentido posee su existencia - y si posee alguno-, ni a que designios de qué enigmática inteligencia obedece el acontecer del universo. A todo "eso", el hombre le asigna un nombre. Pero la palabra no es "eso", no es la cosa en sí. Es posible pensar una época en que el lenguaje era más libre en el sentido del hombre antiguo - presocrático - que **"se permitía" ser arrastrado** por el torrente precipitado de la palabra. Luego la palabra fue codificada, convertida en concepto, fiel a un método calculado de exploración-construcción de la realidad.

**Porqué** este giro al fin del cual adviene la ciencia como método, como vía específica de aproximación al mundo? No podemos responderlo tan de prisa; podemos plantear los problemas centrales y explorar posibles vías de acceso. Podríamos por ejemplo lanzar una hipótesis: el hombre teme la presencia implacable de la indeterminación y la incertidumbre, que precede su relación con lo existente, incluyendo la destinación de su propia vida. Cuando hablamos de Edipo, vemos un hombre descarnado, a merced de una fatal determinación del lenguaje (oráculo), determinación exterior que, de retorno, por oposición, lo sume en la indeterminación, la incertidumbre

personal. Le es propuesto por el lenguaje un juego que vimos paradójico: dejarse ir, dejarse arrastrar, perderse en el fluir azaroso del lenguaje, de la palabra más precisamente, como condición "sine quan non" de acceso a la verdad de sí. Se trata de un juego paradójico, que escinde al sujeto antes de restituirle la libre conciencia de sí. Y este juego, a causa del componente de renuncia sobre el dominio de la palabra y su presentación de lo existente, es de verdad temido por el sujeto que se sueña amo de la palabra.

Retornando al punto de la relación de inmediatez con el mundo presente en los griegos trágicos, advertimos allí un doble movimiento. El mito era una creación del hombre con base en su presentimiento intuitivo de los orígenes, y como tal, entre ambos existía una línea de continuidad que les nutría mutuamente. El mito echaba raíces en lo por esencia innombrable - la cosa, lo real-. Entre la cosa y el hombre se tendía la "tela de araña" tejida al hilo de la palabra, con su doble juego de presencia y ocultamiento. Ahora bien: ese juego del pensar mítico y poético, aparte de la propuesta de arriesgar la carta de la renuncia al dominio sobre la palabra, produce un riesgo adicional: en tanto experiencia límite, donde todo el ser se compromete, suele bordear temerariamente un umbral en cierto modo peligroso. El ser que busca relacionarse con lo Real de la cosa, en ocasiones se topa con la propia muerte, en su deseo mismo de penetrar, más allá del borde, del umbral de lo simbólico, en el corazón mismo de lo inefable; como el poeta que hace de su muerte - sin posibilidad de resistirse, ni dar marcha atrás- el poema perfecto. Que en el viaje por lo profundo, no encuentre nunca más el camino de retorno hacia la seguridad. La suma exaltación creativa y el equilibrio propio a la supervivencia no siempre van de la mano. El hombre preferirá dar lugar a una nueva realidad, controlable según su deseo de dominio. Y la palabra es puesta en "camisa de fuerza".

Y es en este punto en el cual queremos articular la presencia novedosa y determinante de Aristóteles en el desarrollo del pensamiento occidental. Con él, se consolida cierto traspaso de la tenue línea que escinde el objeto de la cosa. Qué objeto? El objeto es el contrapunto del sujeto; aquello se relaciona con el sujeto pensante - que lo conoce- a través de una escala aproximativa que va de la percepción al concepto en las llamadas filosofías segundas, y que culmina en la contemplación en la filosofía primera. En Aristóteles el proceso es el siguiente: la idea de

---

un ser que se desenvuelve en un devenir que lo pone en acto, encontrando su esencialidad en un movimiento que tiene lugar a causa del primer móvil, el llamado Bien Supremo que atrae hacia sí lo existente a través del amor. Y más particular será la concepción de un hombre capaz de sobrehumanizarse, de participar a través de la contemplación pura - que de alguna manera lo convierte en partícipe de su perfección sacra, pues, el principio de la contemplación radica en que, entre quien contempla y lo contemplado existe un punto de unidad, lo que no existe de la misma manera entre sujeto y objeto, en Descartes por ejemplo. Por ello implica de todas maneras la admisión, el advenimiento de un ser reconocido como exterior al hombre, diferente al lenguaje, en este caso Dios como Bien Supremo, accesible por vía del amor contemplativo, como quedó dicho antes.

En esa sobrehumanización del hombre que se eleva sobre la materia, en alas de la transfiguración de la forma hacia Dios (entelequia), no es difícil ver la fuente de la posterior identificación de la doctrina escolástica con Aristóteles. Todas las cosas, en la interpretación cristiana medieval se compondrán de materia y forma, de un cuerpo y un alma que alcanzarán la superación de su dualidad en otro mundo, celeste e incorruptible. Esta sería la primera vertiente derivable del pensamiento aristotélico.

Una segunda corriente, como ya se insinuaba, va a dar base al discurrir del conocimiento, por la vía naturalista, fisicalista, de la percepción, la representación, el concepto estructurado lógicamente; bajo la modalidad de filosofías segundas o "ciencias especiales", encargadas de parcelar las diversas provincias de la realidad. Suele considerarse a Aristóteles como el padre de la lógica, la metafísica, la historia natural, la psicología, la ética, la poética, la física, entre otras.

En una palabra: en Aristóteles vemos la puesta a punto de un cambio importante que describimos así: la inmanencia y la cosa que se presentifica a través de la palabra poética y mítica, ceden su lugar, la una a la trascendencia, la otra al objeto por vía de la trascendencia se preserva la fineza de la contemplación consagrada a la verdad suprema como fin en sí mismo, desprovista de todo carácter utilitario, pero

de cierta manera, destinado a la entrega por parte del sujeto, de la posibilidad de reencontrarse a sí mismo tras deshacer el camino verbal que el lenguaje y la cultura le proponen, en una ruta que si bien se sitúa a través de un rodeo por lo más externo al sujeto, culmina en lo más interno de él. La trascendencia, en cambio, se halla a mitad de camino entre el saber inmanente del sujeto, y el conocimiento científico del objeto. Entre el sujeto y la cosa ya no estará solamente el lenguaje con su alternancia simbólica de presencia-ausencia, sino que ahora vendrá el nuevo "partenaire" del pensamiento, especie de lazarillo de turno: el método. Ya se anuncia los desarrollos posteriores cartesianos. El ente como expresión de lo existente, ocupará el lugar del propio ser; el conocer ocupará el sitio del pensar, la ciencia reemplazará el pensamiento mítico. La cosa desaparecerá del panorama del pensamiento, para ser sustituida bien por Dios en la vía de la trascendencia contemplativa, o por el objeto en la incesante búsqueda por su dominación por parte de la ciencia. El pensar se hace cálculo, negándose en adelante a permitirse el sorprenderse en acto, a caer en las redes que le tiende la palabra. La "abertura del cógito" cómo dirá Foucault en nuestros días, es "taponada" debidamente por la certeza y la validez lógica del cálculo, o por la certeza de la contemplación divina. Pero lo que sí queda muy claro es aquello de que - en ningún caso - el hombre desea seguir viéndoselas con una existencia sometida a las leyes de la palabra que lo pone en cuestión en tanto individuo. Más vale la seguridad de una supervivencia sin sobresaltos, y para ello es necesario contar con una realidad lo más objetiva posible, dominable a través de la actividad calculada del pensamiento, realidad que se deje abordar por vía del conocimiento racional. Cuando el hombre navegaba temerario en alta mar, Aristóteles, el gran vigía, siempre atento fue quien se encargó de señalarle donde hallar la "tierra firme".

## BIBLIOGRAFIA

ARISTOTELES. *Metafísica*, México: Porrúa, 1978. 260 p.

\_\_\_\_\_. *Gran Etica*. 3a. Ed. Buenos Aires: Aguilar, 1968, 208 p.